

Dominique de Courcelles

“La historiografía y la literatura de la conquista de América en los tiempos de Carlos V y Felipe II el ejemplo de un conquistador, escritor e historiador Bernal Díaz del Castillo”

p. 65-74

El mundo de los conquistadores

Martín F. Ríos Saloma (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas / Sílex Ediciones

2015

864 p.

Ilustraciones

(Serie Historia General, 34)

ISBN 978-607-02-7530-2 (UNAM)

ISBN 978-84-7737-888-4 (Sílex)

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de mayo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mundo/conquistadores.html>

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México





LA HISTORIOGRAFÍA Y LA LITERATURA DE
LA CONQUISTA DE AMÉRICA
EN LOS TIEMPOS DE CARLOS V Y FELIPE II:
EL EJEMPLO DE UN CONQUISTADOR, ESCRITOR E HISTORIADOR,
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Dominique DE COURCELLES
(CNRS-CERPHI / Collège International de Philosophie)

1. PRESENTACIÓN GENERAL

El descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo constituyen una nueva etapa de la expansión de Castilla en la Edad Media y de las empresas marítimas de Aragón. Mientras que el 6 de enero de 1492, los Reyes Católicos entran en Granada y expulsan definitivamente a los soberanos árabes de la península ibérica, el 12 de octubre del mismo año, Cristóbal Colón descubre el continente americano. Después de la conquista de México-Tenochtitlán por Cortés en 1521, los conquistadores se instalan por la fuerza en el Nuevo Mundo, fortifican sus casas y sus ciudades, imponen el bautizo a los sometidos, construyen arsenales y ciudadelas dándoles nombres españoles tradicionales muy significativos tales como Segura de la Frontera, hoy día Tepeaca que era su nombre prehistórico¹. Si las guerras de Flandes y todas las guerras en Europa emprendidas por los españoles en el siglo XVI suscitaron numerosas

¹ Agradezco a Rubén Romero Galván por esta aclaración. Cf. Silvio Zavala, *El Mundo Americano en la época colonial*, México, Porrúa, 1967, 2 v.; Enrique Florescano, «Colonización, ocupación del suelo y 'frontera' en el Norte de la Nueva España, 1521-1570», en Álvaro Jara (dir.) *Tierras Nuevas: Expansión Territorial y Ocupación del Suelo en América (siglos XVI-XIX)*, México, El Colegio de México, 1973, pp. 43-44, afirma que, cuando los españoles emprendieron su «justa guerra de Cristianos contra infieles en México... la hicieron... a la manera como la habían hecho sus antepasados en la lucha contra el islam».



creaciones historiográficas, la asombrosa experiencia del encuentro de las poblaciones amerindias tuvo también una inmensa importancia para la historiografía europea en su conjunto.² Gran parte de la historiografía referente a América está ligada entonces al gran debate que sacude Europa a propósito de «los justos títulos» de los españoles concernientes a sus conquistas en América y a la crueldad de sus acciones en un contexto de propaganda para combatir o defender la hegemonía de la «monarquía universal» hispánica.

Siguiendo la línea de las crónicas medievales, los historiadores españoles del siglo XVI no dudan en comparar las proezas de los conquistadores con las de los soberanos cristianos de la Península combatiendo contra los moros. Baltasar de Obregón, por ejemplo, compara las victorias del «famoso y católico marqués don Hernando Cortés» con la victoria del rey Alfonso el Católico de Asturias sobre el moro Alboacén en el siglo VIII y la del rey Alfonso XI de Castilla y León en el río Salado, cerca de Taifa, en 1340. Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) califica a los hombres de Cortés como «ejército cristiano» y a los saqueadores del cruel Nuño de Guzmán como «ejército católico». Los españoles de la Conquista prefieren denominarse «cristianos» que «españoles» tal como los llamaban sus enemigos musulmanes en tiempo de la *Reconquista* de la península ibérica. Las esperanzas milenarias que apoyan una concepción de la misión providencial de los conquistadores, inspiran al clérigo humanista Francisco de Gómara (1511-1566?), en la dedicatoria de su *Historia General* a Carlos V, que escribe que «las conquistas entre los indios comenzaron cuando habían terminado las conquistas entre los moros, a fin de que hubiese siempre españoles en guerra contra los infieles».

² Cf. Francisco Esteve Barba, *La historiografía indiana*, 2ª ed., Madrid, Gredos, 1992, 754 p.

Preocupados por inscribir su propia historia en la historia de España y por consiguiente del antiguo mundo que también es la cristiandad, los descubridores de las Indias Occidentales se apegaron a revelar los hechos de descubrimiento, de conquista y de evangelización de los cuales fueron actores y testigos. Sin embargo son también, sin pretenderlo mas sabiéndolo, los herederos de los humanistas, los que sacan provecho de las recientes novedades de la filología o de la imprenta, ante quienes, repentinamente, se abren unos mundos nuevos, tanto desde el punto de la geografía como del conocimiento. Las novedades «naturales» y «morales» son materia de relatos, comparaciones y reflexiones. Cuando, en 1556, el erudito humanista de Cádiz, Francisco de Támara, publica el *Libro de las costumbres de todas las gentes* que es una traducción de la obra de Johan Bohemo³, le agrega una parte sobre el Nuevo Mundo. El franciscano, fray Toribio Motolínía, uno de los primeros religiosos misioneros, denomina a México, la Roma del nuevo continente y explica que su lengua, como el latín, es universal y es el origen de todas las lenguas de la Nueva España⁴. Numerosos autores sitúan el mito de la Atlántida en América y se refieren al Tímeo de Platón y a los comentarios que hace Marsilio Ficino⁵.

Si la creación de un cargo de cronista de las Indias favorece el desarrollo de una historia oficial a partir de 1525 –siendo González Fernández de Oviedo el primero en cubrir esa función– al mismo tiempo, numerosas historias son redactadas por

³ Se trata del libro de Johan Bohemo, *Omnium gentium mores, leges et ritus ex multis clarissimis rerum scriptoribus*, editado en 1520. Bohemo se inspira en el *Theatrum orbis terrarum* de Abraham Ortelius y de *Anglicae Historiae* de Polydore Virgile.

⁴ F. Toribio de Benavente o Motolinía, *Historia de los Indios de la Nueva España*, México, Editor Salvador Chávez Hayhoe, 1941, pp. 55, 205 y 210.

⁵ Por ejemplo: Agustín de Zarate, *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú (1555)*, en Enrique de Vedia (ed.), *Historiadores primitivos de Indias*, Madrid, 1947, v. II, pp. 459-574; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, Madrid, Atlas, 1971, 2 v. Se consultará también el estudio de Winston A. Reynolds, «Hernán Cortés y los héroes de la Antigüedad», *Revista de Filología Española*, Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, n. 45, 1962, pp. 259 y ss.



personajes muy diversos, la mayoría en suelo americano. Oviedo es uno de los primeros en ser muy conciente de la importancia del descubrimiento del nuevo continente, «la mayor y más nueva cosa que desde que Dios creó el primer hombre y compuso el mundo hasta nuestro tiempo se ha visto»⁶. Generalmente los españoles del siglo XVI están convencidos de vivir en una época más exaltadora que todas las épocas anteriores a la suya. Para Cortés y sus compañeros, la conquista de México sobrepasa por mucho todas las conquistas de los griegos, de los romanos, en particular las de Julio César, y presumen sus proezas. Por ejemplo, del conquistador Diego de Almagro tenemos esta asombrosa y significativa reflexión: «Nuestro propósito fue y es servir a Su Majestad en el dicho descubrimiento porque hubiese noticias de nosotros y nos honrase e hiciese mercedes...»⁷.

Casi todos sin fortuna, lo que mueve a los conquistadores es el anhelo de enriquecerse prontamente y sobre todo la ambición de llegar a ser Señores rodeados de vasallos y de gozar de todos los privilegios de la nobleza tradicional. Su historia, cuando se escriba, constituirá una prueba apreciable y segura de sus méritos.

La segunda mitad del siglo es diferente de la primera. Carlos V, emperador, es el último representante de la concepción del mundo que, desde los primeros siglos de la Edad Media, dominó la historia de Occidente. Esta concepción se basaba en la unidad política y religiosa. El reino del emperador, señor de la península ibérica y del Nuevo Mundo y Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, confirma el fracaso del mantenimiento del imperio universal, fundado en la *Universitas Christiana* apreciada por los erasmianos de la cancillería imperial, por ejemplo por Alonso Valdés. Después del reparto de la herencia dejada por su padre, Felipe II está eximido de las obligaciones del imperio

⁶ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Sumario de la natural y general Historia de las Indias*, Madrid, Ediciones Atlas, 1959, v. 5, p. 32.

⁷ Citado por Francisco Morales Padrón, *Los conquistadores de América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974, p. 64.



medieval, sin embargo hereda otro imperio, sin existencia histórica pero infinitamente más extenso que el antiguo. Este imperio no posee tradiciones ni referencias. Por ello la «monarquía católica» será entonces el nuevo imperio que el séquito del rey, juristas y teólogos, cronistas oficiales y escritores políticos se esforzarán en teorizar.

Es de notar que las historias de la Conquista, estrictamente controladas, perpetúan toda clase de enfrentamientos, políticos, intelectuales, religiosos los cuales son su fundamento. En cuanto tuvieron la suerte de ser publicadas, fueron el objeto de polémicas. Muchas veces fueron censuradas, prohibidas incluso. Las *Cartas de Relación de Cortés*, la *Historia de la Conquista de México* de Francisco López de Gómara o los manuscritos de Fray Bernardino de Sahagún son buenos ejemplos. Algunos autores no vieron publicadas todas sus obras, Las Casas o Fernández de Oviedo son dos de ellos. Bernal Díaz del Castillo no fue publicado en vida. Podemos encontrar fragmentos de la Crónica de Fray Gerónimo de Mendieta en *Monarquía Indiana* de fray Juan de Torquemada publicada a principios del siglo XVII con la licencia reglamentaria de impresión, etc⁸. La celebración del Quinto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo también fue objeto de polémica.

⁸ Carlos Martínez Marín da varios ejemplos en «Crónicas de la conquista», *Clásicos de la literatura mexicana. Los cronistas: conquista y colonia*, México, Promexa, 1992, pp. 437-470.



2. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, LA SUBJETIVIDAD A PESAR DE TODO

Comentaré la obra de un conquistador, escrita en la segunda mitad del siglo XVI en Nueva España⁹. En esa época el género historiográfico está en su apogeo. Las diferentes tendencias de la historiografía hispánica se exponen de una manera muy significativa, sin dejar de ser reinterpretadas y a veces modificadas. Bernal Díaz del Castillo (alrededor de 1495-1584) es el autor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* terminada alrededor de 1570. Nacido en Medina del Campo hacia 1495, se embarca hacia las Indias Occidentales en 1514 y participa en la conquista de México con Cortés y después lo acompaña hasta Honduras. Guatemala se convierte en su segunda patria. En 1563, por primera vez menciona «un memorial de las guerras, que este testigo tiene escrito, como persona que a todo ello estuvo presente». En 1568, explica que «está trasladando» esta relación y probablemente le ayuda su hijo Diego. Desde su retiro en Guatemala, escribe lo que pasó en el Norte: en Yucatán, en las llanuras de Veracruz, en los abruptos caminos hacia el altiplano del Anáhuac. Aprovecha tal vez manuscritos de algunos de sus compañeros, y también textos impresos, las cartas de Francisco López de Gómara, por ejemplo.

Bernal Díaz es incomparable gracias a su acuidad para percibir la atmósfera de hombres y lugares. Le atrae describir los volcanes, los soldados heridos o victoriosos, las lujosas y brillantes delegaciones, como la del último embajador de Moctezuma, los mercados tan bien organizados. Le gusta que, en medio de su texto, suenen las palabras indígenas; probablemente entendía el náhuatl.

⁹ Georges Baudot en su obra *Utopie et histoire au Mexique: les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine (1520-1569)*, Toulouse, Privat, 1977, 554 p., se interesa en lo que llama las primeras «crónicas etnográficas» de la segunda carta del conquistador Hernán Cortés cuando muere el franciscano fray Toribio de Motolinía en 1569.



Hacia 1575, Bernal Díaz del Castillo, consciente de la importancia tanto política como historiográfica de su obra, manda su manuscrito al Consejo de Indias a través del presidente de la Audiencia de Guatemala, Pedro de Villalobos. Muere en febrero de 1584, muy afligido por no haber recibido ninguna noticia de su manuscrito. El manuscrito, enviado al Consejo de Indias, tardará mucho antes de ser leído y revisado.¹⁰ Por fin fue impreso en Madrid, en 1632¹¹.

Bernal Díaz, un conquistador, reivindica una escritura que pertenece al arte del cuentista que no se adquiere ni en la universidad, ni en los tratados eruditos. Al mismo tiempo que se dice sin cultura *—mi rudeza—* porque no es experto en el arte de la retórica, Bernal Díaz del Castillo es muy consciente de su propia misión de actor y testigo de la historia, que tiene que escribir el relato con el fin de restablecer la verdad de los hechos.

Ser *testigo de vista*, porque se participó físicamente en los sucesos, es la auténtica condición de la escritura de la historia, la condición de su veracidad o de la fidelidad de la memoria como actividad ejercida, práctica. La operación histórica o historiográfica, según la expresión de Michel de Certeau, requiere el ojo, después y junto con todo el cuerpo del que la realiza. Bernal se enorgullece de su trabajo de escritura como justicia hecha a todos los combatientes que participaron en la conquista del Nuevo Mundo. Ya no se trata, en lo sucesivo, de escribir únicamente la historia de los emperadores o de los capitanes como lo hizo Gómara. Es preciso también escribir, revelar las de sus hombres y, por lo tanto,

10 Carmelo Sáenz de Santa María siguió las diferentes etapas de la composición de la obra desde el principio de su redacción en Santiago de los Caballeros de Guatemala, alrededor de 1551 hasta 1632, fecha de su impresión en Madrid: *Historia de una historia. La crónica de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1984, 246 p. Además del manuscrito enviado en 1575 al Consejo de Indias sin que lo supieran los íntimos de Bernal Díaz del Castillo, se conservó otra versión en Guatemala gracias a su familia, que se empeñó en realizar una copia muy clara, hoy conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid.

11 Sobre Bernal Díaz del Castillo y la escritura de la historia, se puede consultar el libro de Alfonso Mendiola, *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica*, Madrid, Universidad Iberoamericana, 1991, 171 p.



la suya propia, Bernal Díaz. A partir de ese momento, la verdad escrita es sagrada.

Ahora bien, la «historia verdadera», atestiguada por el escritor, es, aquí, verdaderamente increíble, hasta para él mismo. El descubrimiento y la conquista de Nueva España sorprenden tanto y son tan extraordinarios que la memoria del narrador, Bernal Díaz, en general muy precisa, a veces se ve deslumbrada. ¿Era de verdad, existía realmente dicha magnífica ciudad en la laguna y en la tierra?

Y de que vimos cosas tan admirables, no sabíamos qué nos decir, o si era verdad lo que por delante parecía [...] ¿Qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen? [...] Era cosa de notar que ahora que lo estoy escribiendo se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó [...]»(cap. LXXXVIII).

El escritor es presa de vértigo al representarse lo que él mismo escribió, transformándolo una presencia real para el lector curioso. De repente, ya no soporta ser él único testigo de lo que cree haber visto, de lo que escribe. Por ello lo real de la conquista y la misma historia, es decir las «obras», según la definición católica de la Contrarreforma que los opone al mismo tiempo que los une a la fe, son las que al igual deben confirmar lo que presenta como la verdad, lo que debe creer el lector: «Las obras son buen testigo de lo que digo» (cap. LXXXVIII). Bernal Díaz es un auténtico hombre de la Contrarreforma.

Bernal Díaz no deja de expresar una cierta admiración respecto a los indios vencidos y, en particular, a Moctezuma. Los soldados que vieron Roma e incluso Constantinopla jamás han visto ciudad más perfecta que México-Tenochtitlán:

Y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma,



y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto, y tamaña y llena de tanta gente, no la habían visto» (cap. XCII).

De este esplendor del cual nada queda, solo se puede decir: «Aquí fue Troya»(cap. CLVII). Carlos Fuentes señala:

Bernal escribe con admiración, incluso con amor, de la nobleza y hermosura de muchos aspectos del mundo indio. Sus descripciones del gran mercado de Tlatelolco, del palacio del emperador, y del encuentro entre Cortés y Moctezuma, se encuentran entre las páginas más conmovedoras de la literatura. Y la descripción de Moctezuma no tiene rival en el arte de considerar generosamente al enemigo¹².

No se podría expresar mejor en la escritura de la historia la conciencia de su propia subjetividad, refiriéndola a un grupo, el de los conquistadores, que también es en este caso el lugar de su propia enunciación. El historiador en tanto que subjetividad se apodera de los lazos de causalidad que él mismo subraya. Aquí, la subjetividad es el mediador necesario para llegar a la objetividad de la historia de la Conquista. Entonces el aspecto humano del objeto histórico vuelve ineludible la subjetividad. Como lo subraya Paul Ricoeur, «lo que quiere explicar y entender la historia, son los hombres»¹³. Al escribir la historia de la Conquista, Bernal Díaz escribe su historia y realiza un trabajo sobre su propio pasado, en el sentido casi psicoanalítico de ponerse a trabajar. Su horizonte de objetividad para describir mejor el comportamiento de los conquistadores es el correlato de su propia subjetividad.

12 Carlos Fuentes, *Valiente Mundo Nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispano-americana*, Madrid, Mondadori, 1990, p. 75.

13 Paul Ricoeur, «Objectivité et subjectivité en histoire», en *Histoire et vérité*, París, Du Seuil, 1995, p. 32.



3. CONCLUSIÓN

La historia de Nueva España puede integrar las interpretaciones teológico-políticas de la Conquista en la línea de la historiografía medieval de lo que los historiadores han llamada la «reconquista» de la península ibérica en contra de los moros, sin embargo no puede, de ninguna forma, dar lugar a la erudición ni a la crítica. La escritura de la historia por un conquistador como Bernal Díaz del Castillo, en la mitad del siglo XVI, encuentra una aceptación en la España imperial en la medida en que el autor da testimonio de su fundamental apego al ideal monárquico. Bernal Díaz del Castillo se refiere a un modelo histórico que glorifica las fidelidades y las filiaciones, el culto a los héroes, desde el jefe Cortés hasta cada uno de sus compañeros conquistadores, e integra en su discurso la cronología. Visto así, no concibe la historia como una evolución dinámica. No se obsesiona por el origen de la Nueva España. Se sitúa deliberadamente en la época gloriosa de la monarquía española para subrayar más el papel de los conquistadores y el suyo dentro del Imperio. De esta manera los conquistadores contribuyeron al desarrollo de la subjetividad y de la toma de conciencia propia aquí en Nueva España.